



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCION		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.	Ptas. 2,50	Ordinario.	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.	» 5	PROVINCIAS: trimestre.	» 3	Extraordinario.	» 0,50
		EXTRANJERO: año.	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

EL MIEDO



No siempre hemos de hablar de las proezas y hazañas de los toreros, presentándolos á los ojos de nuestros lectores como seres excepcionales, que al fin, como hombres de carne y hueso, tienen las mismas debilidades y defectos que los que no ejercen su profesión; y entre ellos habrá individuos valientes con los toros, que no se atreverían á tomar una trinchera, del mismo modo que existirán militares bravos y pundonorosos, que al ver cerca de sí un buey con astas, huirán espantados, atropellando por todo.

El miedo no se busca, viene él contra la voluntad del individuo, y le produce siempre la aprensión de sufrir un daño; por lo mismo, rara es la persona que de él se libra en determinadas ocasiones; y los toreros, que por razón de su oficio, por su continuo roce con las fieras á cuya lidia se dedican, debían estar exentos de experimentarla, no lo están en muchos casos, por más que á unos se les conozca más que á otros esa perturbación de ánimo, ese recelo de padecer un mal, cuyas consecuencias se abultan exageradamente tal vez, pero que se ven próximas y se temen.

El precioso libro de nuestros amigos Mínguez y Berned, ilustrados redactores de *La Correspondencia de España*, que há poco dieron á luz con el título de *Curiosidades taurinas*, y en el cual relacionan, con inimitable gracia, muchos dichos y acciones de varios toreros, nos ha sugerido la idea del presente artículo. En él apuntaremos solamente algunos hechos de otros lidiadores, para demostrar que, al lado de su celebridad, han llevado por acompañamiento «el miedo», que unos han sabido vencer por sobresalir en su ánimo el amor propio, el pundonor ó la vergüenza, y otros no han podido dominar por el exceso de pavor y espanto que de ellos se apoderó, contra su voluntad indudablemente; pero poniéndolos en ridículo ante los espectadores, que no comprenden ni en su imaginación cabe, que pueda haber toreros cobardes ó miedosos.

Francisco González (el Panchón), espada cordobés, fué embrocado en la Plaza de Madrid, contra la barrera, por el toro que le correspondía matar el día 14 de Julio de 1828. Luchando á brazo partido, agarrado á las astas del animal, pudo, merced á sus hercúleas fuerzas, salvarse de una grave cogida, tal vez de una muerte cierta. El Rey Fernando VII, en premio de su valor desesperado, le señaló una pensión diaria. Igual caso ocurrió al espada Luis Mazzantini en la Plaza nueva de esta corte, cuando en

la tarde del 12 de Octubre de 1890 saltó tras él la barrera el toro *Farolero*, y le cogió, embrocándole contra las tablas del tendido. Allí, luchando también á la desesperada, golpeando con el puño los ojos de la fiera, y apartándola con el brazo derecho al mismo tiempo para darla inclinación á un lado, consiguió esto, y se salvó milagrosamente, saludándole con vitores el pueblo, al verle sano y salvo.

Pues bien: lo mismo Panchón que Mazzantini, sufrieron en aquel momento una de las variedades del miedo; *el susto*, nacido en el acto de iniciarse el suceso, pero que no duró más tiempo que el del riesgo experimentado, porque ni uno ni otro se amilanaron.

Pavor, que es otra de las variedades del miedo, es el que acometió al célebre Juan León en Madrid y en el año de 1827, al ser derribado por un toro, á quien dió una gran estocada, siendo enganchado y volteado, y salvándose gracias á dos pases de muleta que, tendido en el suelo, dió á la res, mientras acudieron sus compañeros; y decimos *pavor*, porque en aquel acto, además del susto consiguiente, vió un riesgo que, amenazando su persona, duraba más que el del susto, puesto que se repetía, y á otro de menos ánimos le hubiera sobrecogido.

Esto le sucedió en cierta ocasión al justamente afamado José Redondo (el Chiclanero). Era el año de 1850, y se había trasladado á Aranjuez la afición taurina de la corte, á presenciar una de las corridas en que tomaba parte aquel inolvidable diestro. Don Manuel Romero, D. Mariano Trives, D. Alejandro Cortejarena, D. Joaquín Marracci y otros no menos conocidos, quisimos ver á Redondo antes de la corrida, y le hallamos vistiéndose la taleguilla, y materialmente temblando.—¿Estás malo, José?—le preguntó Romero.—No zeñó contestó;—ez que tengo miedo. ¡Vaya unos pavos que hay enchique-raos!—¿Miedo tú?—dijeron todos;—imposible, hombre; sería la primera vez que... vamos, imposible.—Y aquel hombre, poseído del *terror*, que es la manifestación del miedo, producto de las ideas que nos formamos de una cosa, más bien que de la realidad, sonrió, diciendo:—Aquel toro colorao encendió, no ez toro, ez una montaña; ¡cudiao con er bicho!—Y aterrorizado le dejamos, haciendo mil comentarios cada uno, en vista de un hecho tan raro en un hombre que, como se dice vulgarmente, tenía el orgullo por alimento. Tanto es así, que al ir en la corrida á matar aquel toro colorao, de Colmenar Viejo, se le vió pálido como la cera, y despegado del bicho, en tales términos, que oyó algunos silbidos, á los cuales debió su salvación. El terror desapareció en el acto de oír Redondo aquellas manifestaciones de desagrado, dejando lugar al pundonor y á la vergüenza, y con el rostro encendido ya como la grana, trasteó y mató al colmenareño con el valor y el arte que tenía acreditado.

En muchas ocasiones Rafael Molina (Lagartijo), ha desechado el pavor y el susto que le han proporcionado en su larga carrera los toros bravos, especialmente cuando se habían apoderado por terror de todas las cuadrillas, ocasionando en ellas alguna baja; pero en otros casos, sin que parezca exageración, no hemos visto torero alguno de nombre justamente acreditado, como él lo tiene, en quien se haya marcado más el terror, *el espanto*, y todas las manifestaciones del miedo, con sus diversas variedades. En la corrida del 16 de Octubre de 1883 en Madrid, en la de su Waterlío en San Sebastián, en Santander, en Aranjuez, con el toro que hirió á Bonarillo, y en la tarde, negra para él, del 8 de Mayo de este año, hizo manifestación evidente del pavor, del susto y del terror, como los hemos definido, y además, del *espanto*, que es el que incita á huir rápidamente del riesgo, cuando no nos hallamos con fuerza para resistirle; puesto que en ninguna de las ocasiones citadas intentó (ó si en su fuero interno lo deseó, no pudo conseguir que el ánimo le ayudara), sobreponerse á esa afección molesta del alma que le petrificó, digámoslo así, borrándole del corazón toda energía.

Por último; cuando un espada, y hemos fijado el ejemplo en los matadores, como figuras más salientes, pide el auxilio de sus compañeros que con él trabajan al toro, es porque tiene *el temor* de sufrir las consecuencias de un percance; es porque esa idea produce en su ánimo una sensación molesta, que tal vez le abulta el peligro. Una variedad del miedo como las demás, pero de menos importancia.

Pocos, muy pocos, aunque hemos conocido algunos, han podido sustraerse á la influencia del miedo en mayor ó menor grado; pero en honor de la verdad, hemos de confesar, que la vergüenza, el pundonor, la soberbia, si se quiere, han hecho en la mayoría de los casos ocultar el miedo en lo más recóndito del pecho de los toreros, y ostentar en su lugar el valor que tan bien encaja en el corazón grande, que debe tener todo el que se dedica al difícil arte de torear.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

UN PRESBITERO,
REVISTERO DE TOROS
EN 1732

(Conclusión.)

VII

Y como su interés se entibiaría ciertamente con los comentarios, allá van castellano y latín sin interrupciones:
«Estaba el primero esperándole Don Miguel (á quien

LA LIDIA



II. Arca

Estab. Tipolitográfico

Estocada á la media vuelta.

R. Esteban y Cia.
de J. Palacios. Arenal. 27.

»patricio Don Luis cedió, tan gustoso como atento, la primacía) y tan denodado, que cuando le vió la arrogante Fiera, se suspendió, á consultar sin duda qué debería hacer en lance tanto. No partió de carrera; antes bien, ideando ardidés, entre sañudo y temeroso, ya á bramidos asustaba las esferas, ya jugando las naturales armas, se ensayaba á lograr el golpe con acierto, ya enfadado hasta con el aire mismo, tiraba al aire puntas en demostración de su coraje, ya levantando la arena, pareció que labraba á su estrago el monumento:

»Mugitus veluti cum prima in praelia Taurus
»Terrificus ciet, atque irasci in cornua tentat;
»Arboris obnixus trunco ventosque lucet
»Ictibus et sparsa ad pugnam proludit arena.

»Acometió, pues, que no le permitió más su cólera; pero en el agudo venablo, que gobernaba de Don Miguel el esfuerzo, encontró el escarmiento tan pronto, que pagó con la vida la arrojada vanidad de su braves. A suerte tan afortunada,

»Circus in hunc exit, clamataque palma Theatris.

»En repetidos vivas se celebró la destreza, que aun duraran, si la feroz hermosura de otro Toro no se llevara toda la atención con los ojos; éste, menos considerado, viendo á Don Luis hacerle frente,

»... Urget cornua vasto

»Cum gemitu, reboant silvæque et magnus Olympus;
»... El tentat sese, atque irasci in cornua discit,
»Signomovet, procepsque præsentem fertur in hostem (1).

»Con desusado arrojo, respirando infinidad de coraje en un bramido, acometió tan ciego, que no vió el daño hasta que se sintió muerto. La prontitud de la muerte la hizo en el Concurso plausible, y entre el murmullo, y las tremoladas blancas señas, que publicaban el júbilo, se entendió que

»Convenit in laudes ille, vel iste suas.

»Sin el menor azar se mantuvieron quebrando garrochones la mayor parte de la tarde, hasta que llamándolos el Imperial Senado, dejaron el resto para que los Toreadores de á pie manifestasen su destreza, y pudieran bien, porque los Toros les dieron paño en qué cortar, cuando sin ponderación se pudo decir de ellos lo que de los Colcos (Ovidio, lib. 7, *Metam.*):

»Ecce adamantis Vulcanum naribus efflant
»Eripides Tauri, ravidæque vaporibus iræ
»Ardent, usque solent pleni resonare camini,
»Aut ubi terrena silicis fornace soluti
»Concipiunt ignem liquidarum spargine aquarum;
»Pectora sic intus clausas volventia flammæ,
»Gutturæque usta sonant.»

He ahí la última de las treinta y seis citas latinas con que el capellán decoró su reseña. Eso es lo que se llama «rematar una suerte».

Sospecho, no obstante, que todo ese lujo de erudición lo cambiarían gustosos los lectores por algún dato acerca de aquellos toreadores de á pie, cuyos nombres, faenas, trazas, etc., omite el cronista por cosa baladí, y acaso, despreciable, á pesar de que ya entonces — merced al desprecio con que la corte francesa de Felipe V miraba la intervención de los caballeros en las fiestas de toros — empezaba á florecer la lidia á pie, y ya andaba por el mundo Francisco Romero (abuelo de Pedro), que inventó la muleta y el matar las reses cara á cara, defendido, eso sí, con calzón y colete de ante, correón ceñido y mangas acolchadas de terciopelo negro.

Pero todo esto es demasiado sabido, y lo que ahora nos importa es concluir con el cura (dicho sea sin mala intención.)

Allá va el final de la reseña, que copiaré literalmente del libro, ya que en los párrafos anteriores he prescindido de la ortografía antigua, en gracia de la mayor claridad.

«No quedó inventiva que no usassen, finalizando la Función, tan á satisfacción del gusto, que no hubo quien saliese fastidiado, como dixo esta octava, que compuso allí uno de repente.

»No fué capaz de disponer el gusto
»Mejor Scena, ni de más primores;
»Aquí ve amagos del horror, sin susto,
»Gallardías, que el Sol vistió de ardores,
»Diestros esmeros del corage adusto,
»Y el Circo pavellón de resplandores,
»De grave Amphiteatro fiel trasumpo,
»Y aun dudo, que compita á este conjunto »

Después de tanta gallardía, el capellán termina con un verdadero golleteo lírico.

Harto mejor quedó en nuestro siglo — como arlésigo, como poeta y como aficionado — el canónigo aragonés Don Gaspar Bono y Serrano, predicator de S. M., y grande amigo del viejo Quintana, cuando en su *Oda á Francisco Montes* describía así la Plaza de Toros de Zaragoza:

En vasto anfiteatro que vecina
Ofreciendo á los ojos del viajero
Tanta noble ruina,
Recuerda lastimero

(1) Aquí, como en otras citas, el capellán toledano se permite enmendar la plana al poeta latino. En donde Virgilio puso *oblitum*, éste pone *præsentem*; porque, es claro, el toro se hallaba ahora en presencia del *hostem*, ó enemigo, y antes que la exactitud poética está la exactitud taurina... ¡Oh concienzudo capellán!

Memorias de Patéa y Salamina,
Festivo se congrega
El pueblo aragonés. De la hermosura
Toda la flor allí muestra su brillo,
Como radiante sol, cuando despliega
En mañana de Abril su lumbre pura...

¿Continúa?

Con placer lo haría; pero los tiempos de Montes son muy modernos, y mi obligación no consiste hoy en tratar de los toros y curas en tiempo de Isabel II y su su señora madre, si no en presentar á ustedes — como les he presentado muy á gusto — cómo se escribían, ciento sesenta años há, las revistas de toros *in facie Ecclesie*.

SOBAQUILLO

Toros en Madrid

10.ª CORRIDA DE ABONO.—26 DE JUNIO DE 1892

Antes de comenzar la reseña de la corrida verificada ayer en Madrid, bueno será hacer constar, para que el público no se llame á engaño, que D. Cándido, el popular revistero de LA LIDIA, se encuentra en Alicante presenciando las corridas que en aquella población ha organizado el *Especta-Club* con la esplendidez de que viene haciendo gala hace algunos años.

Precisa, pues, que nuestros lectores soporten, por esta vez, la soporífica relación que sigue á este preámbulo, anticipándoles la seguridad de *no volverlo á hacer* como dijo el aplaudido actor Romeita en el estreno de una de sus obras teatrales.

Seis toros de la ganadería de D. Vicente Martínez, de Colmenar Viejo, lidiados por las cuadrillas de Rafael, Torerito y Jarana; tarde de calor asfixiante, abrumador, de calma chicha, no eran ciertamente incentivos muy poderosos para que el público acudiera á nuestra Plaza, y en efecto, casi en familia, por la escasa concurrencia, dió principio la corrida, después de los preliminares de costumbre, con el

1.º *Señorito*; berrendo en castaño, de libras y bien colocado de armas; muy aplomado y taro para las acometidas, tomó cinco varas, propinando tres caídas y matando dos caballos.

Juan Molina, cuarteando á su modo, deja un par, y Antolin otro, desigual, en idéntica forma; Juan repite con un par al sesgo, regular.

La faena de los banderilleros, laboriosa, pero disculpable, porque el toro sigue aplomadísimo y tonto.

Rafael, con traje verde y oro, brinda, y después de ocho pases sin rematar, da al toro media estocada á volapie, en buen sitio.

Deja que funcionen los peones durante un buen espacio de tiempo, y con más desconfianza que antes de herir por primera vez, toma de nuevo al animal por su cuenta, y tras una fatigosa faena de muleta, se pasa una vez sin herir, y le larga un sablazo en el mismo pescuezo, que ahonda el Ostión desde la barrera (¿también estas manas?), y que puso al animal en disposición de descabellarle al primer intento. El sablazo y el descabello se efectuaron estando el enemigo en la querencia de un caballo muerto. (Palmas injustificadas.)

2.º *Cedacero*; berrendo en colorado, ojo de perdiz, corto y abierto de cuerna, recogido de cara, grande y de buena lámina; como el anterior, es decir, tardeando, pero con más voluntad y más cabeza, tomó siete varas, ocasionando cinco caídas, y matando dos caballos.

Entre Bejarano y Zayas clavan dos y medio pares medianos, correspondiendo al primero uno y medio.

Torerito, con igual traje que Rafael, ni para, ni remata los pases y se echa fuera con media estocada ida, delantera y con tendencias, que fué ahondando con la muleta en las tres vueltas que dio después de herido el animal arriado al hilo de las tablas hasta que dobló para que el puntillero rematase.

3.º *Peinao*; retinto obscuro, bien armado y mejor criado, pero sin ganas de pelea.

A fuerza de capotazos, entre los cuales abundaron los recortes de un modo lastimoso, tomó seis varas, propinando sólo dos caídas y mató un caballo.

Blanquito, después de una salida falsa y veinte minutos de preliminares, dejó un buen par al cuarteo, y Garroche, después de intentar el sesgo, se conformó con medio par malo de sobaquillo; y Blanquito, que repite en su turno, tardando tanto como su compañero, deja medio par pésimo.

Jarana, de tabaco y oro, se arrima pronto á su enemigo, y pasó de muleta solo; aunque sin arte, señaló bien un pinchazo en hueso, y cuarteando extraordinariamente, dió una estocada cruzada que precedió á un lucido descabello.

4.º *Golondrino*; negro listón, un tanto más pequeño que sus hermanos y blando en extremo. Tomó cuatro varas á cambio de dos caídas.

Manene salió por delante para dejar á la media vuelta medio par malo y otro que no clavó; siguió Ostión con uno entero bastante mediano, y en su turno con otro á la atmósfera, y medio muy malo.

Lagartigo da un buen pase, y hay un intermedio durante el cual sacan al toro una banderilla del pescuezo, se acerca otra vez y sufre dos coladas seguidas que se descomponen un poco al matador, y dejando la montera, da una corta, cuarteando, repitiendo desde lejos con una honda, la cual basta para que se rinda el enemigo, y remate el puntillero.

5.º *Dorado*; castaño, listón y salpicado de los cuartos

traseros. Tomó con poca voluntad seis varas, por una caída y un caballo muerto.

Entre Zayas y Bejarano colocaron tres pares regulares. Torerito baila en los 14 pases de que consta su faena de muleta, y no entra mal á herir, resultándole una estocada algo caída y en dirección dudosa.

Dos intentos de descabello, un descabello efectivo y una eternidad que el matador tardó en conseguirlo, aburrieron al público soberanamente.

6.º *Raposo*; berrendo en castaño, y al parecer tan guasón como sus hermanos.

El pacientísimo público protesta al fin, pero el bicho le hace quedar mal, porque resulta el menos taro de los seis y el de más poder, es decir, una equivocación de la *cátedra*.

Tomó seis varas, propinando cuatro caídas y mató un caballo. Los banderilleros cumplen, mejor dicho, dejan de cumplir poniendo dos pares y medio por igual, y Jarana acabó con el toro y con la corrida de un pinchazo y una buena estocada, precedido todo de 16 medios pases y telonazos.

RESUMEN

Los seis toros de D. Vicente Martínez nos proporcionaron un rato de aburrimento superior á toda ponderación; ni uno solo entre todos sobresalió rompiendo la monotonía del cuadro; fueron seis animales pacíficos de suyo, que á nadie querían molestar, mostrándose dominados por una placidez encantadora, inverosímil.

De carnes y de lámina no vinieron mal; y dedicados á otras faenas más tranquilas que las de morir á estoque en plaza, quizá podrían haber añadido alguna gloria, ó cuando menos, ratos de amenísimo solaz á su dueño y señor; pero los aficionados á toros, presumo yo que quedaron soberanamente cansados de la paz octaviana de que las reses jugadas ayer venían poseídas.

Dejemos, pues, para otra ocasión los aplausos que, por las noticias anticipadas que teníamos de dichas reses, habíamos preparado á D. Vicente, y pasemos á entendernos con los matadores.

Rafael.—Trabajador á ratos, y en general poco cuidadoso de la dirección; con su primer toro, que aparte las condiciones que mostraron todos, estaba quedado y reservón, pudo quedar mejor, hubiérale bastado entrar á herir con decisión la primera vez, para evitar la estocada pescuecera con que finalizó su trabajo, estocada que fué de resultado definitivo, gracias al Ostión, que si bien va perdiendo la facilidad que antes tenía para encontrar terreno donde banderillar, aprende en cambio á ahondar estocadas desde la barrera, cosa á que debiera poner coto la Autoridad, ya que el jefe de la cuadrilla lo va tolerando con alguna frecuencia.

En su segundo toro completamente huido, sólo el primer pase pudo rematar el matador; con esto queda dicho que la faena de muleta no pudo prestarse á adornos ni florituras; entró á herir en la forma que acostumbra, y fué breve, que es lo principal, dadas las condiciones de los toros que lidia; y en corridas como esta, Rafael debe procurarlo siempre, y con ello no perderá nada su reputación, y el público se lo ha de agradecer, estamos seguros.

Torerito.—Para éste y su compañero no debe rezar el párrafo anterior. ¿Qué toreros jóvenes son éstos que al principio de su carrera, cuando la sangre hierve en las venas, y la noble emulación de llegar á la meta, debe invadir por completo su ser, no tienen un arranque tan solo de guapeza, y por el contrario, empiezan ya con las marrullerías propias de un largo período de trabajo? Y que tenemos razón para pensar así, lo demuestran las dos primeras faenas que ayer ejecutó: frías, despegadas, sin interés por quedar bien, y sólo como único punto de vista, sobresaliendo en ellas el deseo de librar el cuerpo.

Dejó una estocada corta en su primero, llena de defectos por su colocación y dirección, y en lugar de mandar le echar fuera y entrar nuevamente, fué ahondándola con la muleta, acto siempre censurable pero mucho más en toreros que empiezan, y que como primera condición, deben ostentar lo que vulgarmente, y en el tecnicismo de las corridas, se llama *veguenza torera*.

En su segundo, si bien no paró un momento pasando, entró á herir bien, aunque el resultado no fué muy satisfactorio, por desviarse la dirección del estoque.

Jarana.—Si quiere, puede entender que va con él también el párrafo que dedicamos á Bejarano.

Hace falta que, pues tiene condiciones á nuestro entender para hacerse matador de toros, trabaje con más fe y con menos cálculo, que con el cálculo, cuando aún no se tiene conquistado á un público por reales merecimientos, no se consigue otra cosa que entrar á formar parte del montón donde tantos que se creyeron esperanzas del arte de torear, se encuentran olvidados de la afición.

Pasó con apatía y sin arte á su primero, y cuarteó al herir, y como el toro, muy quedado, no le enmendó el cuarteo, resultó cruzada la estocada.

Acertado en el descabello, pero conste que es preferible herir segunda vez, á descabellar á un toro que aún está vivo. Bien en el momento de arrancarse á matar en su segundo; pero pudo hacer más con la muleta, ya que el toro, aunque buey, la tomaba bien.

Los banderilleros no hicieron nada, ni siquiera medianos; lástima da ver cómo se va poniendo el segundo tercio de la lidia; en cuanto los toros se quedan, les cuesta más trabajo á estos caballeros meter el brazo, que á Irún meter la cesta, si Portal se empeña en que no entre.

¡Cómo ha de ser: el público lo tolera, y cada vez hay menos esperanza de que se arregle!

Poco pudieron hacer los picadores, y poco hicieron en efecto. Cuando pueden no lo hacen, con que váyanles ustedes con perfiles si las reses dan motivo á su despejo.

Bien la Presidencia, y ya hemos dicho que flojísima la entrada.—J. P.